

Concurso de Literatura 2020
2º Mención Especial – Cuento Familiares



OLSVALDO LUJAN PICCOLO

Girasoles, mentas y jerez

Lisandro Gómez Collazo miraba melancólicamente el distante campo de girasoles.

La brisa del estío los movía suavemente, como olas tibias en un mar dorado.

Se acomodó aún más en su sillón favorito, cercano a la ventana de la biblioteca, en el primer piso de la señorial finca de fin de semana. Con su corta barba entrecana y sus anteojos redondos de carey, enmarcando su rojizo rostro, no parecía ser el implacable juez que había sido ya muchos años atrás, hasta su retiro.

El humo de su cigarro flotaba en el aire tomando distintas y caprichosas formas transparentes.

A dos metros de él, con expresión nostálgica en el rostro, sentado en una silla estilo inglés, Javier Santos imaginaba suaves copos de nieve en las volutas de humo que trepaban palmo a palmo hasta el cielorraso. Su jerez descansaba en una mesa de caoba cercana, liberando, a través del fino cristal de la copa, pequeños arco iris que inundaban la pared posterior con vivos colores sobre el tapiz del siglo XVIII.

El ambiente todo estaba sosegado, plácido, agradable. Se podían degustar los increíbles aromas de la campiña, de los cerezos, de las coníferas, de los manzanos, que entraban silenciosamente entre los pliegues de las cortinas.

La conversación fluía lenta, palabra a palabra, como un arroyo inmaculado y fresco, que caía de las sierras lejanas. Los dos hombres disfrutaban mutuamente de su compañía, de esos momentos que se detienen en el tiempo y enriquecen el espíritu

con lucidez, con inteligencia y amistad, cuando se saborea cada idea y cada prolongado silencio.

Collazo parecía tener sus pensamientos volando en el aire cálido fuera de la biblioteca, sobre los sembradíos, buscando un lugar apropiado para detenerse.

Santos, en cambio, estaba atento, observando las maravillosas acrobacias de las golondrinas y escuchando los compases de su fino y agradable trino. Las miraba con atención casi infantil, tal vez en un fallido intento de volver a su juventud.

De pronto la voz de Collazo sonó extremadamente grave.

– ¿Sabe una cosa Javier? Ha pasado el tiempo, pero no puedo olvidarme del caso de la estancia Los Cipreses...

- Vamos Lisandro, no vuelva a revivir eso. Se que fue un caso muy delicado y que lo ha afectado mucho, pero ya pasaron seis años. Debería enterrar esos recuerdos.

- Sí, supongo que si. Y créame que lo he intentado de varias maneras. Igualmente siento aún la respiración del asesino cerca de mí, como si todavía estuviera aguardando, planeando. Sus crímenes fueron realmente macabros.

- Lo entiendo. Bueno, si cree que le hace bien hablar de ello, haga entonces usted catarsis conmigo.

- No se trata sólo de hablar sobre el asunto amigo mío. Es algo más profundo.

- Igualmente probemos, no pierde nada intentándolo.

Collazo cambió de posición y cruzó las piernas. Dio una larga pitada a su cigarro y entrecerró los ojos.

- La mirada, esa mirada...de ese hombre lo que me impresionó notablemente fue su mirada. Era serena y salvaje a la vez. Inocente y culpable. Como un tigre al acecho.

Parecía decir que lo haría nuevamente y de la misma forma monstruosa. Imagínese Javier, trate de suponer que está mirando a las dos víctimas. Una con veinticuatro puñaladas y la otra con veintiocho, exactamente el doble de la edad de cada una. Fue como una ceremonia satánica, rayana a un rito de locura esotérica digna de un psicópata. La sangre manchando la alfombra. Y él riendo a carcajadas.

- Sí, si...trato de imaginarlo, debió ser una escena aterradora.
- Y la edad de las mujeres, apenas comenzaban su adolescencia. Ese carnicero tendría que haber sido colgado en la horca.
- Pero ya no dependía de usted Lisandro, recuerde que el abogado fue muy hábil.
- Demasiado. Transformó a un asesino atroz y sádico en un fenómeno digno de estudio para los psiquiatras. Lo único que espero es que termine sus días sufriendo tanto como el daño que hizo.
- Eso suena a venganza. A un ensañamiento personal con el hombre y usted siempre debe ser ecuánime. Abandone esos pensamientos. Escuche Lisandro, usted hizo su trabajo, el fiscal hizo su trabajo y el jurado hizo su trabajo. ¿Qué más puede pedir? Nada modificaría la sentencia y usted lo sabe.
- Sí, lo se, y tal vez eso sea lo peor.
- No puede estar siempre perseguido por el mismo fantasma. Debe olvidar Los Cipreses y todo lo que lleva consigo. Debe olvidar al asesino, a las víctimas... Collazo interrumpió moviéndose incómodo en el sillón y con transpiración en las manos.
- Exacto, usted lo dijo Javier, las víctimas. ¿Sabe cuantas hubiéramos encontrado si no fuera por los peones de la estancia? Seguramente tres mujeres más. Si, tres

mujeres más. Cuando los hombres escucharon los gritos entraron por la galería y rompieron los vidrios de un ventanal. Así pudieron evitar que matara a su mujer, que ya estaba atada. Sus hijas estaban muertas en el living principal. Su suegra y la cocinera eran las próximas. Cinco mujeres Javier. Piense eso.

- De acuerdo, de acuerdo. Por supuesto que pienso en ello. ¿Pero pensó usted alguna vez el motivo de los asesinatos?

- Mil veces, se lo aseguro. Me han dado tantos motivos que ya no se cual es el real.

- Mire, yo tengo una teoría. Puede ser demasiado fantástica, incluso descabellada, pero es una teoría al fin. Dígame, Lisandro, ¿quienes manejan a su antojo nuestras vidas desde que venimos a este mundo?

- No lo comprendo.

- Las mujeres, mi amigo, las mujeres, sí. Ellas son nuestras madres, nuestras maestras en la escuela, son nuestras abuelas y nuestras hermanas. Tienen un dominio absoluto sobre nosotros los hombres. Desde que Eva hizo pecar a Adán.

- Vaya al punto por favor, ya que esto nunca me lo había mencionado antes.

- He leído algo sobre la vida del “Carnicero de Los Cipreses”, como lo llamaron los periódicos. El hombre tuvo un padre con un carácter muy débil y estaba dominado por su mujer, a punto tal que él no tomaba ninguna decisión en la casa. Tuvo una hermana mayor que siempre lo burlaba en público, ya que él había heredado la naturaleza sumisa de su padre. Es decir que toda su infancia, niñez y adolescencia estuvo marcada por la voluntad de las mujeres de su familia. Y, para empeorar su situación se casó con una mujer de fuerte personalidad que le ordenaba casi siempre que debía hacer.

- Prosiga por favor.

- Ahora bien, nuestro pobre hombre desea fervientemente salir de su encierro.

Quiere ser el “hombre” de la casa. Pero no lo consigue, es inseguro, es temeroso.

Entonces percibe la única salida, eliminar al opresor, eliminar su dominio psíquico y territorial. Como un chasquido de los dedos toma una decisión que revalidará su condición de macho. Y procede con su plan. Matar a las mujeres de su familia, sí, matarlas. Nuestro asesino reivindicó a todos los hombres oprimidos del mundo.

Entonces Lisandro, ¿el criminal es tal o es un héroe?

El ex juez Collazo guardó silencio. Como si un velo negro hubiera cubierto su boca.

Recordó los alegatos del fiscal, las defensas argumentadas por los abogados, los rostros de los jurados...

- Nunca expuso usted el caso de esta manera Javier.

- Bueno, supongo que siempre lo pensé. Hoy me he confesado con usted Lisandro.

En realidad creo que el asesino tomó justicia por mano propia.

- Eso no es lo correcto, para eso están los Tribunales.

- ¿Seguro mi estimado amigo? Yo no apostaría por ello. Usted mismo impartió justicia durante años y se retiró después del caso de Los Cipreses. Creo que algo no muy definido en su imparcialidad no lo permitió seguir. ¿Dónde estuvo la justicia para usted entonces?

- Eso es cierto, pero no valida su extremismo. Mire Javier, nos consideramos civilizados por nuestro sistema de convivencia. No podemos ir por el mundo matando personas por más que alguien lo merezca.

- Tal vez usted piensa de esa manera porque nunca vivió una situación crítica.

- Sea más explícito, por favor.
- Sería demasiado cruel exponerlo a una situación límite. Créame que no es lo más conveniente.
- Insisto, lléveme a ese límite.
- Muy bien, conste que lo he advertido. Supongamos que usted llega a su casa y encuentra al jardinero violando a su hijo de diez años. ¿Qué haría frente a una situación como esa?
- Bueno, yo...

Santos miró la expresión sorprendida de Collazo, sus pupilas dilatadas, su respiración entrecortada, la incomodidad en su sillón, el rostro desencajado imaginando un momento semejante.

- Mataría al violador Lisandro. No le quepa la menor duda. Lo mataría con un cuchillo, con un hierro, con lo que sea. Y luego se ensañaría con el cadáver. Y disfrutaría cada gota de sangre en defensa de la integridad de su hijo. La naturaleza humana es violenta, y saca a relucir sus perversidades en los peores momentos. ¿Y quién podría culparlo? Veinte golpes con un hierro en la cabeza del violador, treinta, cuarenta, da lo mismo. Usted habría actuado en defensa propia.

- Me está llevando a terrenos pantanosos Javier. ¿Acaso quiere convencerme que Falcone era inocente y defendió su integridad de hombre matando a sus dos hijas?

- De eso se trata. Los terrenos pantanosos están en nuestro interior. En cada uno de nosotros se esconden mecanismos de defensa que ni siquiera podemos imaginar.

Sólo hay que reconocerlos.

Dos tenues golpes en la puerta interrumpieron la conversación.

- Adelante - la voz de Santos sonó algo sorprendida y un tanto molesta.

Juan José entró en la habitación con paso lento y respetuoso.

- Ah...es usted Juan, ¿qué ocurre?

Santos modificó el tono de su voz, ahora era amistosa y comprensiva.

- Buenas tardes caballeros. Espero no haber interrumpido alguna plática muy trascendente. Sólo vine a ofrecerles una copa más de jerez, si así lo desean.

- Gracias Juan, y quédese usted tranquilo que no hablábamos de nada importante.

¿Otra copa Lisandro?

- No gracias. Excelente jerez, pero ya he pasado mi cuota diaria.

- Yo acepto gustoso.

Juan hizo una señal a Marta, la mucama, que en forma diligente sirvió a Santos. Al mismo tiempo que le acercó una pequeña bandeja de plata con mentas confitadas.

- Son sus preferidas, Sr. Santos.

Santos tomó una, la saboreó placidamente y bebió un poco de su copa.

- Gracias Juan...y a usted Marta. Me han endulzado la tarde.

- Estamos para servirles caballeros.

Lisandro Gómez Collazo saludo con una inclinación de cabeza.

Juan y Marta se retiraron sin hacer el mínimo ruido.

- Buen servicio sin duda Javier.

- El mejor de la comarca.

Ambos hombres regresaron a su conversación.

Afuera los girasoles mojaban los campos y el aire templado traía reminiscencias de viejos amores.

- Me sorprende su argumentación Javier. Y le confieso que prefiero dejar este tema para otro momento.

- Por supuesto Lisandro. No es mi intención incomodarlo de manera alguna, se lo aseguro. Dejemos esto para otra tarde. Debiera haber probado las mentas confitadas. Son deliciosas con un buen jerez.

La puerta de hierro fue cerrada con cuidado.

El guardia, que estaba atento a cualquier incidente, corrió el cerrojo y lo aseguró con doble llave y candado de seguridad.

Dentro de la celda quedó Carlos Salvador Falcone, solo, conversando con las sombras del atardecer, cerca de la ventana enrejada, sentado en su silla de madera, con la mirada asesina clavada en el infinito.

El psiquiatra Juan José Uberti y la encargada de enfermería, Marta Hernes, caminaron pensativos y en silencio por el descolorido pasillo.

- Ya son diez meses que lo trasladaron aquí doctor...

Marta no pudo evitar el comentario.

- Sí Marta...diez meses. Y parece que lo hubieran traído ayer.

- Usted hizo mucho por él doctor, realmente mucho.

- Pero no alcanzó Marta. Falcone está fuera de toda realidad. Sigue creyendo que el juez Collazo está retirado, es su amigo y que se juntan a charlar en una pequeña mansión. El juez que lo condenó, ¿vio cómo tomó su medicación y el agua?, como

mentas con jerez, como todos los días. El psicópata más peligroso de los treinta y dos que están aquí se comporta como un verdadero caballero. Es el delirio paranoico más estable e increíble que he visto en mi vida.

Ambos se miraron en silencio.

Afuera de la prisión neuropsiquiátrica de máxima seguridad, los fuertes vientos asolaban el páramo desierto, levantando remolinos de polvo a su paso. No se recordaba un invierno tan inhóspito desde hacía tiempo.

A casi tres kilómetros, en la vieja ruta, nadie transitaba.

A nadie le gustaba pasar por ese lugar abandonado de toda cordura.